

Anonimato y redención: el temple de dos mujeres

I. B¹ es oriunda de Villanueva, Casanare, un municipio ubicado tres horas al suroccidente de Yopal, donde nos reunimos en septiembre del año pasado en una tiendita al frente del parque de la Alcaldía. A los quince minutos de entrevista, mientras se tomaba una avena de tarro, me dijo con la voz entrecortada que yo no sabía lo que era tener la muerte al frente.

Y tiene razón. No tengo idea. Cuando hablé con B me pasó lo mismo que cuando hablé Lisinia Collazos, gobernadora del cabildo indígena Kitekkiwe (ubicado en Timbío, Cauca). No comprendí nada cuando cada una, con total entereza, me contó cómo había estado a punto de morir y aun así se mantuvo hasta hoy con temple de acero.

A Lisinia y a B casi las matan los paramilitares y también fueron víctimas de desplazamiento forzado. B se suma a la lista de incontables familias a quienes les desaparecieron un ser querido en Casanare entre finales de 1990 y 2005. Su hermano se perdió en cualquier resquicio del infinito llano hace más de 10 años en Aguaclara, corregimiento de Villanueva.

Un año antes, en abril de 2001, Lisinia había quedado viuda en la masacre ocurrida en la región del Naya, que comprende el sur del Valle y el Norte del Cauca. Su consuelo: pudo enterrar a su esposo Audilio.

II. A pesar de la similitud en sus historias, estas divergen casi exponencialmente con el paso del tiempo y, solo hasta el presente, vuelven a encontrarse de manera tangencial. B recuenta todo desde el anonimato: la desaparición de su hermano nunca se supo, no se registró en ningún periódico, en ninguna sentencia, en ninguna base de datos ni en ningún informe académico.

El cuerpo nunca se encontró. Su papá se murió hace unos años con la esperanza de enterrarlo y su mamá cumplió 66 con la esperanza de que alguien le entregue a quién velar antes de morir. B, resignada y sensata, asume la muerte de su hermano, sin poder comprobarla. Pero ahí sigue porque esa es una de sus luchas.

Lisinia Collazos Yule, en cambio, es visible por varias razones. Es víctima de la masacre del Naya, que está en la memoria colectiva de algunos colombianos, quienes podrían recordar Bojayá, El Salado, El Tigre y La Chinita. Lisinia también ha salido en documentales y ha dado entrevistas a varios medios reconocidos como Arcadia, El Espectador y El País de Cali. También hace parte del

¹ No se publica su nombre por razones de seguridad

grupo de víctimas del conflicto en La Habana, Cuba, en el actual Proceso de Paz entre el Gobierno colombiano y las Farc.

III. B no recuerda bien cuándo desapareció su hermano: sabe que fue en 2002 y especula que fue en agosto, pero es propensa a olvidar su tragedia: “Es lo único que Dios no supo hacer con nosotros: formatearnos el disco duro en situaciones dolorosas”, lamenta.

2002 fue casi el punto más álgido de la violencia paramilitar en Casanare. A las 6 de la tarde había toque de queda en Yopal. Los paramilitares, conocidos como ‘Buitragueños’, reclutaban menores en todo el departamento y las desapariciones forzadas abundaban.

IV. Por esos mismos años, el Bloque Calima de las Autodefensas Unidas de Colombia establecía control territorial en el Norte del Cauca. Solo entre finales de 2000 y comienzos de 2001, el grupo al mando de Ever Veloza, alias ‘HH’, cometió cuatro masacres en Santander de Quilichao, municipio a 40 minutos del Naya.

Entre otras alertas, la resolución defensorial No. 009, emitida el 9 de mayo de 2001 por la Defensoría del Pueblo, notifica al Gobierno de Andrés Pastrana más de 10 crímenes ocurridos entre 1999 y 2001 en regiones aledañas al Naya. Kitekkiye no responsabiliza a los victimarios ni a los autores intelectuales por lo ocurrido. Para ellos el responsable es el Estado colombiano, en cabeza del expresidente Pastrana.

V. B recuerda que una madrugada de agosto de 2002 los ‘paras’ llegaron a su casa, en la cual vivía con sus papás, sus hermanos y sus hijos. “Cada integrante de la familia huyó como pudo, salimos en direcciones distintas”, afirma. De sus dos hermanos varones, solo el menor, de 28 años, pudo escapar de los ‘paras’. Al otro se lo llevaron. Tenía 32 años.

VI. Lisinia trabajaba en un restaurante en la vereda Patio Bonito, aledaña al río Naya, una de las estaciones por donde pasó el viacrucis paramilitar esa Semana Santa de 2001. Ella confiaba en que los ‘paracos’ no iban entrar a la región, pues estaba muy alejada de todo.

Además, camino al Naya había una base del ejército, en el municipio de Suárez, Cauca, para cuidar la represa de La Salvajina. Ese día, Lisinia estuvo despierta desde las dos de la mañana para alistar el desayuno de los clientes del restaurante que comenzaban a llegar desde las 4:30.

El 10 de abril de 2001 eran las 5:30 de la mañana y nadie había llegado a tomar tinto. En vez de eso, llegaron intempestivos miembros del Bloque Calima. “Forzaron la puerta del restaurante y señalaron al dueño de guerrillero. Revolvieron el azúcar y la sal y mezclaron el fríjol y el maíz con la comida de los caballos”, asegura Collazos, impasible.

VII. Al hermano de B se lo llevaron los Buitragueños esa fecha incierta de 2002. Iba con otros tres jóvenes en una camioneta de platón, según el testimonio del muchacho que trabajaba en la bomba de gasolina de Aguaclara.

Confundida, B estaba dispuesta a hacerse matar con tal de que le dieran razón de la desaparición de su hermano: quiso hablar con alias ‘HK’, Luis Eduardo Linares, el mandamás de los ‘Buitragueños’ en Villanueva, asesinado por la Dijín rumbo a Chía en 2005.

Linares le mandó decir con sus subalternos que, por favor, no se buscara problemas y que se quedara callada si no quería que a su familia le pasara algo. “Como tenía miedo porque mis papás no se fueron de Villanueva, agarré a mi chinito y repunté en Yopal”.

VIII. Después de revolver el restaurante donde trabajaban Lisinia y su esposo, los ‘paras’ encerraron a sus hijos en un cuarto y a ella y a su compañero en otro. Los arrodillaron y les dijeron que los mataban iban a matar. A ella la obligaron a cocinar para los victimarios mientras la golpeaban con un arma en el estómago. Lisinia no pudo con la presión y se desmayó.

5:30 de la tarde. “Un paramilitar negrito le dijo a mi esposo que se fuera en una mula con los fusiles del grupo y que ahorita regresaba”, precisa Lisinia. Pero ese mismo verdugo se despidió con la mano izquierda: “a mí me dio un escalofrío y me llené de desconfianza”, dice Collazos, que hizo de tripas corazón. Al rato, a don Audilio lo mataron en La Silvia, lugar de Patio Bonito por donde entraba el bus escalera a la vereda, medio de transporte muy concurrido en el norte del Cauca.

IX. Lisinia también es visible porque es imposible de olvidar: bajita, aindiada y robusta, de ojos grandes y oscuros, La Gobernadora viste ropa de colores vivaces. Habla de manera contundente. Siempre lleva un bastón en la mano, que simboliza su gestión como gobernadora del cabildo y que afianza la credibilidad que proyecta.

Nos vimos el 10 de abril de 2015 en el predio de casi 300 metros cuadrados que le dio Incofer a Kitekkiye en 2003, en una finca a 10 minutos de Timbío en carro y apenas a 30 minutos de Popayán. Justo ese día se cumplían 14 años de la masacre del Naya, donde murieron 27 personas y desaparecieron más de 50.

Las cifras no cuadran: las víctimas, afros e indígenas, aseguran que los muertos fueron más de 100. Muchos cuerpos, dicen ellos, fueron arrojados por riscos de las altas montañas que componen el paisaje nortecaucano.

Al contrario de Lisinia, B se ha mantenido en el anonimato por miedo a represalias. Se estableció con su hijo y a los 15 días se fue para Bogotá. Vivía en una casa al lado de la procuraduría, dos tipos se bajaron en una moto y tocaron la puerta. Buscaban a una señora con su descripción física.

Mientras los ‘paras’ verificaban datos ocurrió un milagro: anunciaron su nombre y el segundo apellido de quien buscaban no coincidía con el de ella. Fue hasta 2010 cuando la Unidad de Víctimas le notificó que era seguro volver a Yopal. No volvió sino hasta el 2010, cuando la Unidad de Víctimas le notificó que era seguro volver.

X. Lisinia es víctima de prácticamente todos los actores del conflicto armado: desde su juventud en la región del Naya en presencia del Eln y las Farc, hasta la masacre en 2001 que perpetraron paramilitares del Bloque Calima (en complicidad con las fuerzas militares y hasta la aprobación de un sector de la sociedad civil caleña, víctima de secuestro masivo en 2000 por parte del ELN)².

El día que nos reunimos, la comunidad indígena Kitekkiye celebraba el Ritual a la Memoria Histórica. Con la conmemoración, los kitekkiyeños quieren sentar un precedente respecto a los hechos delictivos que han victimizado tanto los indígenas como el resto de colombianos.

Recuerdan a los líderes indígenas, pero también a Bernardo Jaramillo y a Luis Carlos Galán. Los jóvenes hacen una representación del asesinato de Jorge Eliecer Gaitán en la que las bombas decorativas que estallan equivalen a los disparos que le propició Roa al caudillo. Es un ritual didáctico para enganchar a la población joven, la cual es mayoría en el futuro resguardo.

XI. Una vez en Bogotá, B sufrió desplantes de parte de los funcionarios de las entidades gubernamentales, quienes la exhortaban a trabajar dada su juventud. Se capacitó y hoy se encarga de empoderar a las mujeres de su departamento, víctimas de las desapariciones forzadas: hermanas, madres, hijas, viudas.

Está a la espera de que el Ministerio de Agricultura acabe de aprobar un proyecto agrícola que presentó. Entre 36 que se presentaron en Casanare, el suyo fue uno de los cinco que escogieron para revisar.

Cuando a los kitekkiyeños les entregaron el predio en diciembre de 2003 su tierra comenzó a florecer. Alrededor de 70 familias de indígenas Nasa desplazados del Naya pudieron trasladarse al predio que les había asignado el entonces Incora. Pero, como dice Lisinia, su estadía en la tierra prometida no ha sido un “camino de rosas”.

En el cabildo no hay lo que Collazos denomina ‘mínimos vitales’: ni agua ni electricidad y la mayoría de casas, construidas por los habitantes, está en obra negra. Las Farc están a 10 minutos de donde viven, pero no los molestan: hicieron un acuerdo verbal que hasta el momento han respetado.

² El 17 de septiembre del 2000, el ELN secuestró a más de 60 personas que almorzaban en la vía entre Cali y Buenaventura. Las víctimas del plagio pasaron por el Naya. Por esa razón, se dice que familiares de algunos secuestrados buscaron a Carlos Castaño para que incursionara en esa región.

XII. En términos de verdad y justicia, el caso del Naya tambalea. Aunque los autores materiales de la masacre están en la cárcel o dentro de Justicia y Paz, los autores intelectuales siguen libres. A pesar de todo, hay algunas certezas jurídicas que proporcionaron los mismos perpetradores y que hoy verifican las autoridades judiciales.

‘HH’ y Armando Lugo, alias ‘El Cabezón’, confesaron en versiones libres que el comandante Tony Vargas Petecua y el general en retiro Francisco René Pedraza prestaron el apoyo logístico a los paramilitares, que pasaron por el municipio de Suárez antes de llegar a la región del Naya.

Entre los políticos señalados, Juan José Cháux Mosquera, exgobernador del Cauca, estuvo presente, según ‘HH’, en la ‘reestructuración del Bloque Calima en el Norte del Cauca’. En abril del año pasado el exgobernador no asistió a un llamado a juicio de la Corte Suprema por parapolítica. Estaba internado en la clínica Country, en Bogotá, por problemas de salud.

El ítem de reparación es el más favorable. A pesar de carecer de los mínimos vitales, la comunidad de Kitekkiye tiene al menos dónde vivir. Constituirse como resguardo es su objetivo primordial, para que el concepto de propiedad colectiva, tan común entre los indígenas, siga prevaleciendo con más razones sobre el unilateral concepto de propiedad privada.

XIII. La situación de B no es tan esperanzadora. No se puede hablar de verdad, justicia y reparación, porque no hay un proceso en curso. Aunque aparece en el Registro Único de Víctimas, la verdad no se conocerá si los perpetradores no declaran.

Su reparación ha sido casi nula: además de que B nunca obtuvo una explicación de lo que sucedió con su hermano, solo una vez recibió un subsidio del Gobierno por 600 mil pesos. Tampoco ha habido una ayuda sicosocial adecuada, ni para ella ni para su familia.

XIV. Al final de este viacrucis, el panorama no es del todo desolador. Todavía me sorprenden varias cosas: la entereza de estas mujeres, lo significativo de sus luchas y los avances conseguidos. A lo mejor estas guerreras nunca se conozcan o quizás, por las noticias en Internet, B sepa quién es Lisinia.

El resguardo le va a dar una mayor autonomía a Lisinia y a Kitekkiye, mientras que el proyecto agrícola va a ser la base para que B y las mujeres que ella defiende se conviertan en un ejemplo de superación para la comunidad, tal como lo espera. De pronto los avances alcanzados el pasado 23 de febrero en La Habana sean un aliciente más para estas guerreras, que no quieren nada regalado.

Ambas abogan por sus derechos. Con el proyecto agrícola, por ejemplo, B comenzará a empoderar a todas esas hermanas, madres, hijas y viudas que, al igual que Collazos, luchan a cada momento para sentirse redimidas de esta guerra que les tocó pero que no es su culpa.